

UNA MANO

No nacerás aquí. Vivirás toda tu vida sin saber que existe. Es un lugar como otro cualquiera, ni mejor ni peor, pero un lugar donde una tarde dos amigos están pescando bajo un puente y aparece un perro con una mano en la boca.

La mano es pequeña, no había terminado de crecer, tiene pintadas las uñas. La mano está pudriéndose, hinchada. Los dedos están engarrotados, sucios, envueltos en la saliva del perro que trajo la mano, entre dientes.

Del otro lado, donde antes estuvo el brazo, ahora quedan dos pedazos de huesos masticados, partidos. La mano es el bocado de carne que el perro tiene. Después de pelear o compartir la carroña con otros animales. Después de comer y hartarse. La mano es la sobra que quisiera enterrar para comer después, bajo el puente.

La cabeza separada del cuerpo y el cuerpo mutilado tendrán que esperar un día más en el monte, para que encuentren el cadáver de esa niña de doce años que se había extraviado. Cuatro días antes, la madre y el padrastro hicieron la denuncia. Esa tarde ella no vino de la secundaria donde estudiaba el séptimo grado.

La secundaria está en un barrio del montón. La familia vive en otro barrio de otro montón. El puente y el caserío hacia donde luego el perro corre están más allá. Fuera de la ciudad. En los basurales donde nada bueno se busca.

Nombres, datos técnicos, fechas, interpretaciones, afirmaciones y negaciones, detalles de color... todo eso en esta historia no importa. No quiero eso. No soporto más eso. Esta muerte y toda nuestra vida han sido eso.

Yo soy uno de los dos amigos que ese día pescaban bajo el puente. Yo fui el primero que comenzó a correr, a gritar, a no querer saber nada de

la mano ni del perro. A mí fue a quien abrazaron y le dijeron quédate quieto que yo me encargo.

Desde el terraplén que une el puente con el caserío vi pasar al perro. Hacia allá corrió con la mano en la boca, con la primera pista de que en algún marabuzal de la zona encontrarían a esa putica que se vendía por unos pesos. Con el uniforme, pero sin blúmer y con la falda remangada. Con las medias blancas, pero con las nalgas llenas de tierra.

La encontrarán. Mañana la encontrarán. Todavía no se sabe nada de esto. Todavía es la noche del día anterior, cuando llego a casa y me encierro a escribir. Como siempre, pero con más miedo que antes. Mi amigo me dijo que no comentara nada. Que ni él ni yo sabemos nada. Yo le juré que sí. Y cumplo. A nadie le digo nada, pero escribo. De noche, antes o después de soñar con el perro y la mano, escribo.

Soy el otro. El idiota que se aturde y no reacciona. Mi amigo sí persigue al perro, corre hasta el caserío y se queda en un matorral, mirando cómo el perro con la mano entra en una casa, sale gente gritando, comienza la noticia.

Yo no. Soy quien tira la caña, anzuelos, todo. Subo al puente temblando, mudo. Sólo quiero pedalear, pedalear, pedalear. Mi amigo, a veces, cuando hablamos de esto, me dice que tengo que aprender a olvidar.

Ya no sé cómo hacerle caso. Por eso escribo.

LA NOTICIA

(SEGÚN NICO)

¡Nando, Nandito! ¡Oye, párate ahí, que tengo que darte un recado urgente!, grita Rosa, la hija de los difuntos Nereida y Ricardo. Y Nando detiene la bicicleta, esa vieja bicicleta china que lo lleva a todas partes. Luego del frenazo crujiente, apoya las botas en el suelo, entonces se da cuenta de su error: ha parado en medio de un charco.

¡Qué bueno que te vi pasar! Yo pensaba avisarte más tarde, después de bañarme, pero ya que te vi... ¡te doy la noticia!, continúa hablando Rosa. Mientras, abre la reja de la casa y luego esa puerta de alambre y plancha de zinc que está en la entrada del jardincito. Nando no deja de mirarla y sonríe, aunque todavía no sabe la noticia. Pone la bicicleta contra la cerca y saluda a Rosa con un beso en la mejilla. Rosa, Nando y yo somos amigos.

Nosotros, que fuimos niños cuando todavía en este país se decía y se creía que el Hombre Nuevo era alguien de carne y huesos que podía nacer y crecer. Años llenos de fechas decisivas, en todas partes se escribía Revolución con mayúscula, había una única moneda nacional, el futuro era un tiempo que no estaba a la vuelta de la esquina, pero estábamos seguros de que pasaría por aquí y se quedaría para siempre.

Ahora no. Ahora todo eso es cáscara de yuca, bobería... o como más te guste llamarle. Ahora, ahora Nando me mira y le respondo con una sonrisa. ¿Pues qué otra cosa se puede hacer ante un amigo que vive en las nubes y pisa de ese modo los charcos? Aquí, en otro barrio de otro lugar del Oriente cubano. Aquí, donde tanta gente nunca visitó La Habana, pero muchos quieren mudarse a la capital porque allá hay más negocios, hoteles, tiendas, un aeropuerto grande, el puerto, playas, mar... Y es que Cuba desde La Habana se ve como es: una isla abierta

para quien llega y la mira, desde el mar o desde el aire, y es también una isla encerrada para quien se asoma al malecón con ganas de afilar el alma o largarse. Aquí no. Desde aquí no. Definitivamente no. Aquí hasta el río ya dejó de ser un arroyuelo y se está secando, los turistas no llegan o sólo están de paso, y entre la polvareda de la seca y los desastres de cada ciclón, la tierra es una cosa quieta, muda, dura, sin mar ni tiempo.

Es como si viviéramos en las tripas de un muerto. Aunque, más que nunca, limpios y cuidados están los monumentos. Mucho más aquí, en la “ciudad monumento”, como orgullosamente le pusieron y repetimos. Mira, respira, escucha esta paz, este rigor callado del orden. Aquí ningún enfermo se muere sin derecho a un hospital. Aquí barren y alumbran puntualmente los parques. Sólo silencio y polvo nos sobran. Y esta paz, esta paz cansina que lo envuelve todo.

Pero vayamos al grano, porque ésta no es mi historia, sino la de Nandito. Y lo cierto es que, hasta hace un momento, nosotros dos veníamos conversando, pero Rosa lo llamó. Y ahora veo que él no le pone el candado a la bicicleta, esa responsabilidad incondicional que uno tiene con estos tarecos. Nandito conserva la suya desde hace muchos años.

Ahora Rosa lo abraza. Una y otra vez lo abraza, llora de alegría y dice bien alto para que otros vecinos oigan: ¡Estoy muy orgullosa porque Nandito ganó un premio! Y Nando, sin dejar de sonreír y mostrando su reguero de dientes, le pregunta: ¿Qué premio, chica? Entonces Rosa no aguanta más y grita a los cuatro vientos: ¡Ganaste un premio literario en España! ¡Sí, en España! ¡Me avisó Mimi hace un rato!

Nando primero dice que seguro es otra broma de la gente. Sí, porque siempre en el barrio hay algún comemierda que se burla de él. Luego recuerda que meses atrás mandó una novela a un concurso internacional. Uno de esos concursos importantes que publican miles de libros. Libros que se pueden leer. Libros que cuando los abren no se despegan las hojas como una granada de fragmentación. Libros que entran y salen de la imprenta en el mismo año. Libros que te dan ganas de manosearlos, de ser una persona inteligente y leer un rato. No como estos libros que venden aquí, hechos con unas letricas finitas que parecen cagá de mosca sobre papel cartucho...